

ANTONIO MANZINI

LA COSTILLA DE ADÁN

Traducción del italiano de
Regina López y Julia Osuna



Título original: *La costola di Adamo*

Ilustración de la cubierta: Arvin Narvaza / EyeEm / Getty Images

Copyright © *Sellerio Editore, Palermo, 2014*

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra, 2015*

Cita de la página 132: «Brisa Marina», de Stéphane Mallarmé. (*Del Parnaso contemporáneo*, en *Poesías*, Madrid, Alianza Editorial. Traducción de Antonio Martínez Sarrión.)
Por cortesía de Alianza Editorial.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-08-1

Depósito legal: B-23.669-2015

1ª edición, octubre de 2015

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

Para mi tío Vincenzo

El hombre dispone de todas las estaciones del año; la mujer, en cambio, sólo tiene derecho a la primavera.

JANE FONDA

VIERNES

Eran días de marzo, días que regalan destellos de sol y promesas de la primavera que está por venir. Los rayos, aún tibios, incluso fugaces, colorean el mundo e invitan a la esperanza.

Pero no en Aosta.

Había llovido toda la noche, y las gotas de aguanieve habían martilleado la ciudad hasta las dos de la madrugada. Luego la temperatura había descendido varios grados y claudicado ante la nieve, que cayó en pequeños copos hasta las seis, cubriendo calzadas y aceras. Al alba, la luz del sol había despuntado diáfana y febril, revelando una ciudad blanqueada, mientras los últimos copos revoloteaban y caían en espiral sobre las aceras. Las nubes ocultaban las montañas y la temperatura era de unos pocos grados bajo cero. Después se había levantado inesperadamente un viento hostil que había invadido las calles de la ciudad como una marabunta de cosacos borrachos, abofeteando hombres y cosas.

En via Brocherel sólo cosas, puesto que la calle estaba desierta. La señal de prohibido estacionar se agitaba, y las ramas de los arbolillos plantados en el asfalto cruñían como los huesos de un artrítico. La nieve que aún no había cuajado se levantaba formando pequeños remolinos, y alguna contraventana suelta golpeteaba sin

parar. De los tejados de los edificios caían ráfagas de polvo helado que barría el viento.

Irina dobló la esquina de via Monte Emilus con via Brocherel y recibió un bofetón de aire en plena cara.

El cabello, que llevaba recogido en una cola, se le voló hacia atrás, y los ojos azules se le entornaron levemente. Si le hubiesen hecho una fotografía de primer plano y la hubieran sacado de contexto, habría parecido una loca yendo en moto sin casco a ciento veinte por hora.

Pero aquel tortazo helado y repentino tuvo en ella el efecto de una caricia. Ni siquiera se cerró el cuello del fino abrigo de lana gris. Para alguien que había nacido en Lida, a pocos kilómetros de Lituania, aquel viento no era mucho más que una agradable brisa primaveral. Si en marzo Aosta aún estaba sumida en el invierno, en su casa, en Bielorrusia, la gente transitaba hundida en la nieve a diez grados bajo cero.

Irina caminaba veloz con sus deportivas Hogan de imitación que centelleaban a cada paso, e iba chupando un caramelo de miel que había comprado en el bar después de desayunar. Si algo adoraba de Italia eran los desayunos. Capuchino y cruasán. El ruido de la máquina al calentar la leche y ahuecar la espuma blanca, que luego se mezcla con el negro del café y el cacao espolvoreado al final. Y el cruasán que se deshace en la boca, calentito, crujiente y dulce. Cuando recordaba los desayunos de Lida... Gachas incomedibles de cebada o avena, café que sabía a tierra... Y luego estaban los pepinos, con aquel sabor agrio que se le hacía insoportable en las primeras horas del día. Su abuelo los bajaba con aguardiente. En cuanto a su padre, se comía la mantequilla directamente del platillo, como si fuera un postre dulce. Cuando se lo contó a Ahmed, a punto estuvo de mearse de risa. «¿La mantequilla? ¿A cucharadas?», le había preguntado, y se había echado a reír, enseñando esos dientes blanquísimos que Irina tanto envidiaba. Los de

ella eran grisáceos. «Es por el clima —le había explicado Ahmed—. En Egipto hace calor y los dientes son más blancos. Cuanto más frío hace, más negros se ponen. Justo lo contrario de lo que ocurre con la piel. Es culpa de la falta de sol. ¡Y si para colmo os coméis la mantequilla a cucharadas...!» Y venga a reír. Irina lo adoraba. Adoraba su olor a manzanas y a hierba cuando volvía del mercado. Lo adoraba cuando rezaba mirando a La Meca, cuando le preparaba dulces con miel, cuando hacían el amor. Ahmed era amable y considerado y nunca se emborrachaba, y el aliento le olía a hierbabuena. Sólo bebía una cerveza de vez en cuando, aunque siempre decía que «el Profeta no lo toleraría». Pero le gustaba la cerveza. Irina lo miraba y pensaba en los hombres de su país, en cómo bebían alcohol sin medida, en el aliento cargado y en el hedor que desprendía su piel. Una mezcla de sudor, aguardiente y tabaco. Pero Ahmed también tenía respuesta para esta diferencia sustancial: «En Egipto nos lavamos más, porque para rezarle a Alá hay que estar limpio. Y como hace calor, nos secamos enseguida. En tu tierra hace frío y uno nunca termina de secarse. Eso también es culpa del sol —le decía—. Y además, nosotros no nos comemos la mantequilla a cucharadas»; y vuelta a reír. Ahora su relación con Ahmed había llegado a un punto de inflexión. Era él quien se lo había propuesto.

Casarse.

Había un problema de carácter técnico. Para casarse, Irina tendría que abrazar la religión musulmana, o bien él la ortodoxa. Y la cosa no se sostenía. Ella no podía hacerse musulmana. No por una cuestión religiosa, pues Irina creía tanto en un dios como en la posibilidad de ganar la lotería; lo que frenaba su conversión era la opinión de sus padres. Su familia, en Bielorrusia, era ortodoxa y creyente. Papá Alexéi y mamá Ruslava, sus cinco hermanos, sus tías, y por supuesto el primo Fiódor, que se había casado con la hija de un pope. ¿Cómo iba a de-

cirles: «Hola. A partir de mañana a Dios lo llamaré Alá»? Ahmed, por su parte, tampoco podía llamar por teléfono a su padre en Fayún y decirle: «¡Mira, papá, que a partir de mañana seré ortodoxo!» Además, Ahmed dudaba mucho de que su padre supiese siquiera qué era un ortodoxo, le habría sonado a enfermedad contagiosa. De ahí que Irina y Ahmed estuvieran planteándose una unión civil. Mentirían y seguirían adelante. Al menos mientras continuaran viviendo en Aosta. Luego ya dispondría Dios, Alá o quien fuese.

Había llegado al número veintidós. Sacó las llaves y abrió el portal. ¡Qué bonito era ese edificio! Con escaleras de mármol y pasamanos de madera. No como el suyo, que tenía las baldosas del suelo desportilladas y manchas de humedad en el techo. Había incluso ascensor. En su bloque no. Los cuatro pisos había que subirlos a pie. Y uno de cada tres peldaños estaba roto o suelto, o directamente había desaparecido. Por no hablar de la calefacción, con esa estufa que lanzaba silbidos y no volvía a funcionar hasta que aporreabas la puerta. Irina soñaba con vivir en un sitio como aquél. Con Ahmed y su hijo, Helmi, que tenía ya dieciocho años y no sabía ni una palabra de árabe. Helmi. Irina había intentado quererlo. Pero él pasaba. «¡Tú no eres mi madre! ¡Déjame en paz!», le gritaba. Irina tragaba y aguantaba. Y pensaba en la madre de aquel muchacho. Que había vuelto a Egipto, a Alejandría, para trabajar en la tienda de sus parientes y se había desentendido de aquel hijo y de aquel marido. Helmi significa «calma y tranquilidad». Irina se sonreía al pensarlo: el nombre no podía ser menos acertado. Helmi parecía una linterna encendida a todas horas. Salía, no volvía a dormir, era un desastre en el instituto y en casa mordía la mano que le daba de comer. «¡Muerto de hambre! —le decía al

padre—. ¡Yo no pienso acabar como tú, vendiendo fruta en un tenderete! ¡Antes follo con viejos!» «¿Ah, sí? ¡¿Y qué vas a hacer, ganar el Nobel?! —gritaba Ahmed, ironizando sobre los catastróficos resultados escolares del hijo—. Estar parado, eso es lo que vas a hacer. Pero que sepas que eso no es ningún oficio.» «Pues más vale eso que vender manzanas en plena calle o trabajar de limpiadora como la criada esta que has metido en casa —replicaba señalando con desprecio a Irina—. Ganaré dinero e iré a verte el día que te metan en el hospital. Pero no te preocupes, que el ataúd lo pago yo.»

Esas discusiones entre Ahmed y Helmi solían acabar con un bofetón por parte del padre y un portazo por parte del hijo, de modo que la grieta de la pared, que ya llegaba al techo, se hacía más y más larga cada vez. Irina estaba convencida de que, la próxima discusión, la pared y el techo se les caerían encima, peor aún que en el terremoto de Vilna de 2004.

Las puertas del ascensor se abrieron y al punto Irina dobló a la izquierda, camino del número once.

La cerradura se abrió nada más girar la llave. «Qué extraño», pensó Irina. Siempre tenía tres vueltas echadas. Iba tres veces a la semana al piso de los Baudo y, en el año que llevaba trabajando allí, nunca se los había encontrado en casa. A las diez de la mañana, el marido llevaba ya un buen rato en el trabajo, y además los viernes se iba al amanecer porque salía a entrenar con la bici; la señora, por su parte, siempre volvía de la compra a las once en punto; si Irina hubiera tenido que poner en hora su reloj, podría haberlo hecho con ella. Quizá la señora Ester había pillado la gripe intestinal que estaba cobrándose más víctimas en Aosta que una epidemia de peste en la Edad Media. Entró en el piso con el viento nevoso pisándole los talones.

—¡Señora Ester, soy Irina! Vaya frío hace en calle... ¿está en casa, señora? —gritó mientras guardaba la llave en el bolso—. ¿No fue hoy a compra? —Su voz ronca, un regalo de los veintidós cigarrillos diarios, rebotaba contra los cristales ahumados de la puerta del recibidor—. ¿Señora?

Deslizó una hoja de la puerta corredera y entró en el salón. Desorden. En la mesita baja frente al televisor todavía estaba la bandeja con los restos de la cena: huesos de pollo, un limón exprimido y cosas verdosas, espinacas, quizá. Una manta verde esmeralda hecha una bola en el sofá y una docena de colillas en el cenicero. Irina pensó que muy probablemente la señora estaba con fiebre, acostada en su dormitorio, y que la noche anterior Patrizio, el marido, debía de haber comido solo delante del televisor, viendo el partido; de lo contrario, habría habido dos bandejas, una de él y otra de la señora Ester. Las páginas del *Corriere dello Sport* estaban repartidas uniformemente por la alfombra, y un vaso había dejado dos cercos bien visibles sobre la mesa color miel envejecida. Negando con la cabeza, Irina se acercó para poner orden y tropezó con una botella de vino vacía, que comenzó a girar sobre sí misma. La recogió y la dejó sobre la mesa. Después vació el cenicero en el plato con las sobras.

—¿Señora? ¿Está ahí? ¿Está en cama?

No hubo respuesta.

Con las manos ocupadas por la bandeja, en la que mantenía en precario equilibrio la botella de merlot, empujó con la cadera la puerta de la cocina. Pero no entró. Se quedó paralizada en el umbral, contemplando la escena.

—Pero ¿qué...? —farfulló.

Las puertas de los armarios estaban abiertas de par en par. En el suelo había platos, cacharros y vasos, así como paquetes de pasta y latas de tomate. Desperdigados por las baldosas, paños, cubiertos y servilletas

de papel. Unas naranjas habían rodado por debajo de la nevera medio abierta. Las sillas, volcadas; la mesa, desplazada y casi pegada a la pared, y la batidora, estrellada contra el suelo, despanzurrada, con los cables y los mecanismos eléctricos a la vista.

—Pero ¡¿qué pasado aquí?! —gritó Irina, que dejó la bandeja y volvió hacia el pasillo—. ¡Señora Ester! —llamó una vez más. Silencio—. Señora Ester, ¿qué pasado?

Entró en el dormitorio esperando encontrarse con la dueña de la casa. La cama estaba deshecha. Las sábanas y el edredón, amontonados en una esquina. El armario, abierto. Reculó hacia la cocina.

—Pero ¿qué...?

De pronto golpeó algo con el pie y miró al suelo: un móvil hecho pedazos.

—¡Ladrones! —gritó, y, como si la hubieran amenazado con un cuchillo entre los omóplatos, se puso rígida y salió corriendo.

Pero la vieja alfombra afgana estaba combada por las esquinas, e Irina tropezó y cayó de bruces, clavando una rodilla en el suelo.

¡Crac!

Un ruido sordo en la rótula, seguido de un dolor lacerante que la atravesó por dentro, directo al cerebro.

—¡Aaay! —chilló entre dientes.

Sin embargo, cogiéndose la rodilla con las manos, consiguió ponerse en pie y se fue directa a la puerta corredera del recibidor, convencida de tener ya detrás a un par de hombres amenazadores, vestidos de negro, con el pasamontañas calado y unos dientes afilados de bestia salvaje. Se dio en el hombro con la hoja de la puerta, que vibró haciendo retemblar los cristales ahumados, y otro mordisco de dolor le adentelló la clavícula. Pero este golpe le dolió menos. Irina, llevada por el ímpetu de la adrenalina que tenía en el cuerpo, salió cojeando del piso de los Baudo. Se apresuró a cerrar la puerta tras de sí. Estaba jadeando. Ya en el rellano, se sintió a

salvo y se paró a mirarse la rodilla. Se le habían roto las medias, y unas gotas de sangre le manchaban la piel inmaculada. Se lamió dos dedos y se los pasó por la herida. El dolor, antes agudo, se había vuelto profundo y pertinaz, aunque más llevadero. Sin embargo, en ese momento se dio cuenta de que en el rellano no estaba a salvo, nada más lejos. Si realmente había ladrones dentro del piso, ¿qué les costaría abrir la puerta y rajarla con un cuchillo o abrirle la cabeza con un pie de cabra? Empezó a bajar las escaleras del bloque, cojeando y sin parar de gritar:

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Ladrones!

Aporreó las puertas del rellano de la segunda planta, pero nadie contestó.

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Abran! ¡Abran!

Siguió bajando. Habría querido saltar los escalones de dos en dos, pero la rodilla se lo impedía. Iba cogida al pasamanos de madera, dándole gracias a Dios por haberse puesto las Hogan de imitación compradas en el mercadillo de su calle, que por lo menos tenían las suelas de goma; seguro que con unas de cuero ya se habría pegado varias culadas por las escaleras de mármol. Aporreó también las puertas de la primera planta. Con los puños, llamando a los timbres, a puntapiés, pero no había nadie en casa. Nadie abría. Sólo en un piso le respondieron los ladridos histéricos de un perrito.

«Un edificio de muertos», pensó.

Por fin llegó a la planta baja. Abrió el portal y se precipitó a la calle. Desierta. Ni siquiera una tienda o un bar donde entrar a pedir auxilio. Se quedó mirando los bloques de via Brocherel. Nadie asomado a las ventanas, nadie entrando o saliendo. El cielo estaba teñido de un gris plomizo y no pasaba ni un coche. Eran las diez de la mañana, pero en aquella calle parecía que el mundo se hubiera detenido, petrificado, y que ella fuera el único habitante vivo de ese barrio.

—¡Socorro! —chilló.

En ese momento, un milagro quiso que apareciera por la esquina un anciano envuelto en una bufanda que paseaba a un chucho con una correa. Irina corrió a su encuentro.

El brigada retirado del ejército Paolo Rastelli, de la quinta del treinta y nueve, se paró en seco en medio de la acera. Una mujer sin abrigo, con los pelos de punta, medio coja y con un reguero de sangre en la rodilla iba corriendo hacia él sin dejar de boquear como un pez recién capturado. Estaba gritando algo. Pero el brigada no la oía. Sólo le veía la boca abierta de par en par, como si masticara aire. Decidió subir el audífono Maico que llevaba en la oreja derecha y que siempre desconectaba cuando salía a dar su paseo con *Flipper*. *Flipper*, un cruce entre un yorkshire y otras treinta y dos razas, era peor que una probeta con nitroglicerina. Una hoja removida por el viento, el gorgoteo de una cañería o simplemente su imaginación de viejo chucho de catorce años bastaban para desatar unos ladridos estridentes y latosos que al ex brigada Rastelli le producían más dentera que el sonido de uñas arañando una pizarra.

En cuanto lo encendió, el audífono le disparó una descarga electrostática en pleno cerebro. Después, como cabía esperar, el ruido blanco se transformó en el ladrido agudo de *Flipper*, que estaba alterado, hasta que por fin pudo percibir el sentido completo de las palabras que salían de la boca de la mujer:

—¡Socorro! ¡Ayúdeme! ¡Ladrones!

Flipper, que había perdido todas las dioptrias del ojo derecho y hacía años que estaba ciego del izquierdo, no le ladraba a la mujer, sino a una señal de tráfico que el viento agitaba al otro lado de la calle. Paolo Rastelli tenía pocos segundos para tomar una decisión. Miró hacia atrás, pero no había nadie. No le daba tiempo de sacar el móvil para llamar a la policía, porque la mujer estaba a pocos metros y corría hacia él como una posesa sin parar de gritar: «¡Socorro! ¡Ayúdeme, señor!» Podría

haber escapado de aquella especie de erinia de pelo paji-
zo, pero antes habría tenido que convencer al clavo que
tenía en el fémur y a sus pulmones al borde del enfisema.
Así que, como hacía cuando montaba guardia en el pol-
vorín siendo soldado raso, se quedó clavado en posición
de firmes, aguardando a que los problemas le cayeran
encima, insoslayables como un destino fatal, maldicien-
do a *Flipper* y a sus meaditas de media mañana, que lo
habían arrancado de sus crucigramas.

Eran las 10.10 h del viernes 16 de marzo.

Cuando había sonado el despertador, aún faltaban vein-
te minutos para las ocho. El subjefe Rocco Schiavone,
que llevaba varios meses destinado en Aosta, se había
levantado y, como todas las mañanas, se había acercado
a la ventana del dormitorio. Con la lentitud y la tensión
de un jugador de póquer que mira las cartas con las que
afrontará el último envite, había descornado las pesadas
cortinas para otear el cielo con la vana esperanza de ver
un rayo de sol.

—Mierda —había mascullado.

Otro viernes con el cielo más cerrado que la tapa de
una olla a presión, con aceras blancas de nieve y con lu-
gareños que caminaban de prisa abrigados con bufandas
y sombreros. «Si ellos tienen frío, no te quiero contar
yo...», había pensado Rocco.

El mismo ritual de cada día: ducha, cápsula de ex-
preso de máquina, afeitado. Ante el armario no había
dudado sobre qué ponerse. Como tampoco el día ante-
rior, ni el otro, ni el otro, ni probablemente en los días
venideros. Pantalones de pana marrón, camiseta interior
—de algodón por dentro y lana por fuera—, calcetines
de mezcla de lana, camisa de franela a cuadros, jersey
fino de cachemira con cuello de pico, chaqueta de pana
verde y sus inseparables Clarks. Había hecho un rápido

cálculo mental: seis meses en Aosta le habían costado nueve pares de zapatos. Tal vez fuera ya hora de encontrar una alternativa válida, aunque seguía sin dar con ella. Dos meses atrás se había comprado unas botas de montaña Teva para moverse por las pistas de Champoluc, pero ni se le ocurría ir por la ciudad con esas hormigoneras. Se había puesto el loden y se había encaminado hacia el trabajo. Como todas las mañanas, iba con el móvil apagado. Porque el ritual diario no terminaba con vestirse y salir de casa. Le faltaban dos pasos fundamentales antes de empezar la jornada: ir a desayunar al bar de la plaza y, por último, sentarse al escritorio y liarse el canuto de la mañana.

La entrada en la jefatura era el momento más delicado. Enfrascado aún en pensamientos nocturnos y con el humor más gris que el cielo de la ciudad, Rocco siempre hacía su entrada a hurtadillas, veloz y esquivo como una culebra entre la hierba. Tenía que evitar a toda costa encontrarse con el agente D'Intino. Sobre todo a las ocho y media, sobre todo a primera hora de la mañana. D'Intino: ese agente oriundo de la provincia de Chieti a quien el subjefe tenía casi más ojeriza que al inhóspito clima valdostano. Un hombre que con su ineptitud era capaz de causar daños letales a sus colegas, pero nunca a sí mismo. Que hacía una semana había mandado al hospital al agente Casella tras embestirlo con el coche en una inútil maniobra marcha atrás por el aparcamiento de la jefatura. Que le había machacado a Rocco una uña del pie con el cajón metálico del fichero. Y que, con su manía de ordenar las cosas, a punto había estado de envenenar a Deruta al echar lejía en la botella de Uliveto. Rocco se la tenía jurada, y había empezado a presionar al jefe superior para que le encontrase un puesto a D'Intino en alguna comisaría de los Abruzos, donde sin duda sería de mucha más utilidad.

Por suerte, esa mañana no se había encontrado con nadie. El único que lo había saludado había sido Sci-

pioni, que estaba en el mostrador de la entrada y que se había limitado a dedicarle una media sonrisa antes de volver la vista a los papeles que estaba leyendo. Rocco había llegado a su despacho, se había sentado a la mesa y se había fumado un porro de hierba bien cargado y saludable. Para cuando lo había apagado en el cenicero, eran poco más de las nueve. Hora de encender el móvil y empezar la jornada. Al instante, el timbre le había anunciado que tenía un SMS: «¿Alguna vez te decidirás a dormir en mi casa por lo menos una noche?»

Era de Nora, la mujer con la que intercambiaba fluidos corporales desde que lo habían trasladado de Roma a Aosta. Una relación superficial y de apoyo mutuo que, sin embargo, ella estaba intentando precipitar hacia el punto crítico, la exigencia de estabilidad. Algo que Rocco no podía ni quería afrontar. Para él estaban bien como estaban. No necesitaba una compañera. La suya era y sería siempre su mujer, Marina. No había lugar para otra. Nora era guapa y lo aliviaba en su soledad. Pero ella no podía resolverle sus entuertos psicológicos. Quien va a un terapeuta es porque quiere curarse. Y Rocco nunca pisaría la consulta de un terapeuta. Uno no se planta delante del altar con una mujer como quien va a darse un saludable paseo. Si lo hace es porque quiere pasar la vida con esa otra persona. Rocco había dado ese paso hacía ya años, y lo había hecho con las mejores intenciones. Habría pasado toda la vida con Marina, y ahí se acababa la historia. Sin embargo, a veces las cosas no salen como uno quiere, se rompen, se hacen añicos y no pueden volver a pegarse. Pero eso era un problema secundario. Rocco pertenecía a Marina, y Marina pertenecía a Rocco. Lo demás eran añadiduras, agua pasada, hojarasca.

Andaba Rocco pensando en el rostro de Nora, en sus curvas y en sus tobillos, cuando le sobrevino un mazazo en plena frente: acababa de recordar lo que ella le había

dicho la noche anterior, mientras estaban abrazados en la cama. «Mañana cumpla cuarenta y tres años y soy la reina. Así que tienes que portarte bien», y le había sonreído con sus dientes blancos y perfectos.

Rocco había seguido besándola y estrujando sus senos grandes y carnosos sin responder. Aun así, mientras seguía gozando del cuerpo de Nora, había sabido que al día siguiente tendría que comprarle un regalo, y quizá incluso llevarla a cenar y perderse el Roma-Inter, el partido del viernes.

«Nada de colonias —le había advertido—, y odio los pañuelos, de cualquier tipo, y las plantas. Los pendientes, las pulseras y los collares me los compro yo, igual que los libros. De cedés ni hablamos. Bueno, ya sabes por lo menos qué clase de regalo no hacerme, a no ser que quieras fastidiarme el cumpleaños.»

¿Qué otra cosa podía regalarle? Nora lo había puesto en un aprieto. Peor, estaba obligándolo a pensar, a reflexionar sobre qué hacer. Los regalos, fueran de Navidad o de cumpleaños, se contaban entre las cosas que Rocco más detestaba. Tendría que perder tiempo, pensar en algo, dar vueltas por las tiendas como un tonto y sin ninguna gana. Pero si quería volver a meterse bajo sus sábanas y seguir homenajeándose con aquel cuerpo, tendría que pensar algo. Y tenía que pensarlo pronto, porque ese día era el cumpleaños de Nora.

—Hay que joderse —murmuró justo cuando llamaban a la puerta.

Rocco se apresuró a abrir la ventana para airear el despacho, olisqueó un par de veces el aire como un sabueso, para asegurarse de que ya no se percibía el olor a hierba, y por fin gritó un «¡adelante!». La inspectora Caterina Rispoli entró en su despacho. Y lo primero que hizo fue husmear el aire y poner cara rara.

—¿A qué huele?

—¡A los emplastos de romero que me pongo para el resfriado! —respondió Rocco.

—Pero si no está resfriado.

—Porque me pongo emplastos de romero, por eso mismo.

—¿Emplastos de romero? No lo había oído nunca.

—Homeopatía, Caterina, cosa fina.

—Mi abuela me enseñó a hacerlos con eucalipto.

—¿El qué?

—Los emplastos.

—Mi abuela también me enseñó a hacerlos.

—¿De romero?

—No, de lo que a ti no te importa. Bueno, ¿piensas decirme qué haces aquí?

Caterina desplegó sus largas pestañas como si fueran plumas y, cuando recuperó la calma, le dijo:

—Tenemos una denuncia a la que tal vez merezca la pena prestar atención. —Le enseñó el papel a Rocco—. Al parecer, un hombre asegura que, por las noches, hay un trasiego considerable en el parque de la estación hasta las tres de la madrugada.

—¿Putas? —había preguntado Rocco.

—No.

—¿Droga?

—Me da que sí.

Rocco echó un vistazo a la denuncia.

—Habrà que hacer un seguimiento... —Pero entonces se le ocurrió una idea estupenda que iba a dar a la jornada un color muy distinto—. Anda, llama a esos cretinos.

—¿Perdón?

—A D'Intino y Michele Deruta.

La inspectora salió del despacho, asintiendo. Rocco aprovechó para cerrar la ventana. Estaba helando. Pero la excitación por la idea que acababa de tener le impedía percibir el frío que se había adueñado de la habitación. No habían pasado ni cinco minutos cuando D'Intino y Deruta entraron, acompañados de Caterina Rispoli.